

deñoso y compasivo al pobre diablo, y luego le contestó :

— ¿Conque *juerga*, eh? ¡Está usted académico, digo, tonto!... La cuaresma, señor san Simplicio, no se celebra aquí gimiendo y llorando, sino cantando y bailando, como *Él* quiere. Sin la muerte de Dios no estaríamos aquí, ni se hubiera usted metido en los bolsillos esos *escribanos* y salchichas (¿se figuraba usted que no le había visto?), y abominar de esa muerte, que es nuestra vida, sería una primada. Además, nosotros no matamos á Dios. Eso fué cosa de los académicos, digo, de los judíos : ¡allá ellos...!

EL HUECO DEL ÁRBOL

(AL DOCTOR FRANCISCO TOCA)

Mi amigo Wilson es más bien alto que bajo, flaco de carnes, seco de complexión, de ojos grandes y biliosos, color cetrino, pelo negro como la endrina y dientes blancos como el marfil. Wilson es realmente feo. (En eso está conforme todo el mundo, su novia inclusive.) ¡Gracias que es un tantico presumido y que sabe llevar con bastante soltura la ropa nueva! La fealdad de Wilson resulta así bastante presentable.

Á juicio de la mayoría de las gentes, Wilson es un tipo raro, extravagante, singularísimo; en fin, *un tipo*. Á juicio de esa misma mayoría, es atrabiliario de condición, y goza fama de hosco é hipocondríaco. Pero á pesar de los pesares del escepticismo, Wilson tiene todavía un amigo. Ese amigo soy yo, y yo, que he leído en lo recóndito

de su espíritu y en el fondo de sus ojos grandes, sé que Wilson en una persona excelente, excelentísima.

— Me ponen de atrabiliario y huraño cuando yo he aspirado á vivir con todos y en la más grata de las armonías, me decía anoche el buen Wilson. ¡Precisamente porque quiero vivir en compañía y porque quiero vivir en paz, vivo solo! No me hacía falta aprender en el filósofo ginebrino que el estado salvaje es el estado natural del hombre; ni tampoco me hacía falta refugiarme durante mis noches de insomnio en la *Soledad* de Zimmermann para vivir alejado del mundo. Todo cansa, querido: la hermosura de la mujer amada, la lealtad del amigo, la sabiduría del sabio, el ingenio del ingenioso, el chisporroteo del añoso tronco en el hogar bendito... Cada individuo de la especie pensadora debería tener, á modo de retiro, el hueco de un árbol para refugiarse de vez en cuando.

» Al hablarte así, mi amigo, yo *sublimo* á la gran familia que se llama humanidad, y doy por bien averiguado que pueda reunirse fácilmente en un haz de venturas la consecuencia de la mujer querida, la lealtad del amigo, la sabiduría *verdad* que hace pensar y el ingenio de oro que hace reír...

» Del mismo modo que los demas animales (perros, gatos, gallos, *etcétera*) pasan la vida riñendo sin motivos, persiguiéndose á muerte y propinándose mordiscos y picotazos, los hombres y las mujeres, animales al fin y al cabo, aunque de peor especie, viven en lucha continua, persiguiéndose y despedazándose, con mejores formas (al parecer), como los gatos, perros, gallos, *etcétera*.

» El hombre, que es de condición bastante más funesta que el tigre, resulta en sociedad lo que en la plaza pública el oso domesticado. No muerde de miedo al domador, que se llama alcalde, gobernador, guardia civil, *etcétera*; los cuales alcaldes, gobernadores, guardias, *etcétera*, no muerden de miedo también á los domadores que tienen encima; y así sucesivamente. De niño le enseñan sus papás á no morder á los otros niños; de mozo, le castigan sus profesores por reñir con los condiscípulos, y va aprendiendo así el arte de reprimirse en sociedad. Pero la perversidad del instinto se rebela y se impone siempre, aunque sólo sea un minuto todos los días; — en ese minuto, durante el cual se efectúa lo que podría llamarse eclipse de las buenas formas, el hombre más manso de naturaleza siente ganas de dar una dentellada á su vecino...

» Observa lo que que dije antes : que *sublimo* á la gran familia humana; porque si tomamos por tipo el « hombre común », tal cual es, con sus deslealtades é hipocresías, sus envidias y rencores, su basura de cuerpo y su suciedad de espíritu, ¡Dios nos asista! En síntesis : todo es miseria en el fondo de todo... y para conservar las ilusiones, que no son más que espejismos de la mente, hace falta guarecerlas de la publicidad.

» Pero... ¡qué quieres tú! En ningún país más y mejor que en este de las renombradas Batuecas, en donde no se concibe otra vida que la vida en *común*, se hace difícil la independencia individual. Así, mal que te pese, no podrás evitar que tal ó cual amigo (*dice él*) « dé una vueltecilla » por tu cuarto para « echar un cigarro » y echar un discurso, en el cual llamará *Escapeare* al pobre Shakespeare; y luego de fumar, no un cigarro, sino una cajetilla (de las tuyas) y de molerte con un discurso entreverado de citas literarias á lo *Escapeare*, tendrás que darle las gracias « por haberte distraído » (*dice él*).

» Pues si no va don Ciriaco el orador, irán los señores de García Gómez y Gómez á distraerte, por lo que intentarán comer y beber lo que les pagues; y cuando no los de García Gómez y Gómez, aparecerán las señoritas de Jiménez y

Gómez también, las cuales señoritas no irán á nada; quiero decir, no comerán y beberán contigo y á costa tuya, ni se dignarán siquiera saludarte, pero entrarán y saldrán y olerán tu casa, « á ver » si es cierto que estás *metido* con la hija del Nuncio. Nada; todo el mundo empeñado en que te distraigas y no te « metas á fraile »; y te tendrán lástima, y te llamarán ermitaño y loco.

» Solo, en este monte, en este escondrijo, como alimaña acosada por los buenos vecinos del mundo, tengo, sin embargo, que esperar la noche para levantar los ojos sin miedo de ver á un importuno y para pasearlos á gusto por esas montañas *de nieve siempre canas*. Del fondo de los valles y ríos se levanta entonces una atmósfera mimosa y saturada del olor del tomillo, y, sobre las cumbres de ese pico que estás viendo, las encendidas árgomas diríase que bordan de fuego el horizonte azul. Suena á ratos lentamente la campana de la vecina aldea, y á ratos también repercute en el bosque el aullido del mastín que ladra á la luna, porque ésta se asomó furtivamente por encima del monte, é iluminó de improvisito la casa solariega. Después, silencio, mucho silencio, como si las personas y los animales y los árboles y las plantas estuviesen en misa y en el acto de alzar ante la naturaleza la hostia, de color amarillo,

que es la luna. ¡Todo es paz, soledad, olvido!...

Pero acordándose de los Gómez y Garcías y Ciriacos, que volverán quizá mañana á dispensarle la merced de *distrarlo*... Wilson se refugia en el lecho pensando tristemente en el hueco del árbol.

LOS DIPUTADOS

Por fin... ha fallecido el período electoral. Los diputados han surgido en plena fiesta de la Candelaria, al iniciarse la primavera, casi casi al despuntar en el Retiro y en el campo del Moro las setas y las lilas.

Son muchos los que pueden jactarse de ser independientes (de la opinión pública); son muchos también, en « ambos hemisferios », los señoritos que se han quedado compuestos y sin distritos.

Recuerdo haber leído este diálogo :

- ¿Y el chiquitín?
 - Tan mono.
 - ¿En qué se ocupa?
 - En nada... Esperamos que sea mayorcito para hacerle diputado.
- Aparte de alguno (*rara avis*) que quiere ser

diputado por patriotismo, y de otros (los más) que lo desean para recabar *per se* (léase para ellos) ó *per accidens* (léase para sus amigos y paniaguados) destinos gordos, todos anhelan la investidura de padres de la patria para que lo cuente *La Correspondencia* y puedan ellos repetirlo en papel del Congreso; — sin que falte, por supuesto, quien haga acopio de caramelos para la familia, ni quien los revenda á la misma confitería que los vendió.

Para el hombre que no es orador ni escritor, que no tiene instrucción ni talento, y que, á pesar de tamañas deficiencias, se ve compelido á dejar que le pongan la investidura — que es como si le pusieran un arnés y lo engancharan al carro del Parlamento, — para ese hombre, si tiene decoro, la diputación es el mayor de los suplicios.

No... yo no olvidaré nunca las fatigas que pasó don José Gómez, que era buen ciudadano, buen padre de familia y buen amigo; pero que era al propio tiempo un caso de caquexia intelectual y un ignorante de condición. Su cabeza no sonaba tanto á hueco allá en el distrito; y aunque parezca mentira, á don José se le había oído con deleite en el mostrador de su casa y alguna que otra vez en el Casino.

¡Pero en Madrid!... En Madrid se hila más delgado, y allí no *resultaba* don José Gómez; allí, en aquel medio ambiente que no era el suyo y para el cual no había nacido, se caía á pedazos de puro aburrido. El *bulle-bulle* del salón de conferencias le ponía *bomba* la calabaza que le servía de cabeza.

Los diputados charlaban por los codos... que Sagasta dijo que el gobierno estaba moralmente muerto y que en caso de crisis sería llamado al poder el partido constitucional; que Sagasta salió en seguida á enterar á Martínez Campos, el cual estaba almorzando en Lhardy, y terminó la narración con un gesto de inteligencia que fué muy comentado; que Romero Robledo se propone arrojar del templo á los mercaderes de la política; que á Carvajal le parece bien el manifiesto de Ruiz Zorilla; que á Salmerón no le parece lo mismo y quiere modificarlo; que Pi y Margall está con el espíritu, pero no con la letra del documento, y que Castelar no está con la letra ni con el Espíritu Santo; que todos los demócratas están conformes con el manifiesto, pero que no puede haber fusión entre dichos elementos, y sí puede haber ineligencia, ó al revés; que habrá crisis si sale Silvela, pero que si no sale del gobierno, puede que tampoco haya crisis; que...

Don José Gómez se volvía loco. Haciendo un esfuerzo se acercaba á otro corro.

— Á propósito, don José, le dice un diputado, Estamos hablando de la autonomía, ¡y como usted viene de *allá!*... Diga usted, don José: ¿ha leído usted el *Catecismo político* de Montigny?

(¡Qué crueldad! ¡Preguntar eso á don José, que conoce á medias el catecismo del Padre Ripalda!)

— Oiga usted, señor de Gómez, dice otro diputado zumbón. Cuéntenos algo de esa obra de Hernán Merival, titulada *Lectures on Colonization and Colonies*...

— Instrúyanos usted, don José.

— ¡Alterne usted con nosotros, señor de Gómez!

Y don José, abrumado, corrido, se dirige á la puerta; pero tropieza con un compañero suyo, otro Gómez, y le pregunta como preguntaban los progresistas cuando hablaba Salmerón:

— ¿Qué dicen esas gentes? ¿De qué hablan en ese grupo? Leroy-Beaulieu, John Russell, ¿les has oído tú mentar alguna vez?

En su precipitación, olvida al salir que le han recomendado que se tape la boca. Bien es verdad que no hubiera podido tapársela, porque sale con tres palmos de narices. El salón de conferencias es un horno, y la temperatura es glacial en la calle. Don José Gómez toma una bronquitis

horrorosa que le pone « á las puertas del sepulcro ».

Restablecido de la dolencia, vive amargado por su insignificancia personal en Madrid. ¡Qué injusticia! Madrid no sabe quién es don José, el acaudalado dueño de la mejor fábrica de pan de Mallorca, ni sabe tampoco los millones que guarda en su tahona, y sobre los cuales, y consiguiendo votos á cambio de panecillos, alzó el pavés de su diputación bufa. ¡El señor de Gómez está consternado! Pero... ¿por qué, se pregunta él mismo, me habré salido del tiesto, ó sea de la panadería?... Y entonces, aprovechando la agria levadura de la vanidad ultrajada, malos amigos suyos, que le deben el pan de diez años, le instan á *echar* un discurso *sobre* la cuestión harrinera.

— No tenga usted miedo, don José. La *cosa* es no *cortarse*. Usted domina el asunto.

Él también lo creía. Pero la tribuna del Congreso es harina de otro costal. Madrid ignoraba las proezas, dignas de todo encomio, de aquel *nabab* que fabricaba panecillos. Madrid se fijaba en la cara de libreta que tenía el buen diputado, y en su formidable leontina, perteneciente á la clase de las que han sido chacoteadas por Pereda y Palacio Valdés, y en las obleas de sebo que

llevaba en las sienes, porque don José era jaquecoso.

Resuelto á todo, puesto que ya estaba en el burro, muy metido en sí, don José se metió también en harina, esto es, en discurso, y Madrid, desde la tribuna pública, se reía de él con toda la boca.

— ¿Tengo yo monos en la cara? preguntaba á los amigos que había colocado detrás de él para que le *apuntaran* mientras enjaretaba el discurso.

Don José echaba chispas. Se ahogaba. El vaso de agua con azucarillos no lograba refrescarle. ¡Oh! ¡si él tuviera á mano una *ginebrita* ó un néctar soda!... Sudando la gota gorda, herido por aquella risa acerada, que era un silbo del Guadarrama, y metiéndose en las sobaqueras los dedos pulgares, hizo un esfuerzo sobrehumano para recordar el párrafo más saliente de un discurso suyo, que fué muy aplaudido en el casino de *su* pueblo; y, puesto ya á recordar, recordó todo el párrafo, y lo soltó todo... entre risas inacabables, porque Madrid continuaba riéndose de él, ¡de don José Gómez!... Y es que don José le resultaba divertido á Madrid, que es un pueblo de buen humor.

Una voz gritó desde la tribuna de periodistas :

— ¡Valiente costal!

Otra voz dijo :

— Eso no es hablar; eso es ladrar y silbar un discurso.

Y de repente, estallando como una tromba marina, cien voces exclamaron :

— ¡Que lo lleven á la cuadra!

— ¡Que lo lleven al Retiro y lo metan en la jaula de los monos que se han muerto!...

Yo que había ido á aplaudir á don José — porque hay que hacer de todo en esta vida ingrata — lloraba de pena.

Y aquella misma noche, ¡oh fatalismos de la suerte! murió don José Gómez de un cólico oratorio...